

SIN ESCAPE DEL PARAÍSO

UNA HISTORIA DE GENÉTICA CANÍBAL

LUNYZBREID LÓPEZ

SIN ESCAPE DEL PARAÍSO

UNA HISTORIA DE GENÉTICA CANÍBAL

LUNYZBREID LÓPEZ

Derechos de autor © 2021 Lunyzbreid López

Todos los derechos reservados

SafeCreative: **2108319124085**



ISBN: 9798468604908

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios.
Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una
coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada
en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o
por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de
cualquier otro modo, sin el permiso expreso de la autora.

Diseño de portada y croquis: Lunyzbreid López

CAPÍTULO I

Nunca me hubiera imaginado que estaría corriendo por mi vida durante vacaciones, en un hermoso lugar, rodeado por una prisión natural y amenazado por gente a quien quiero.

Acabábamos de salir de clases, y nos invitaron a pasar unos días en un lugar exclusivo. Mi hermana, quien había insistido en que no fuéramos, me dijo que en la emisora de radio de nuestra ciudad daban noticias sobre un virus nuevo, del cual se contaban varios casos en el país, pero no parecía nada serio. Anunciaban que, si se notaba un cambio de aspecto en la frente, junto a dolores articulares y una sensación de mayor fuerza muscular, debía usarse tapabocas. Me resultó extraño, incluso creía que era algún tipo de broma.

El pequeño pueblo al que iríamos, a orillas del Lago Yanofsky, estaba rodeado por montañas rocosas. Resultaron impenetrables para la tecnología disponible en el momento de su fundación, así que, la única manera de acceder al pueblo era cruzar el lago en alguna embarcación desde el puerto más cercano, a media hora de navegación en aguas azul turquesa. Décadas después, cuando pudieron haber creado un túnel, la comunidad prefirió dejar las cosas como estaban pues esa exclusividad de acceso resultaba muy atractiva.

Mi hermana Patricia, a quien a veces le llamo “Pata”, su novio “DJ” y yo, nos unimos a otros amigos de la universidad y entre todos pagamos el bote; así nos ahorramos dinero pues cobraban por viaje y no por pasajero.

Cuando llegamos, me quedé sin palabras, con la boca abierta como bobo. Las montañas eran unos monolitos inmensos. En comparación, la playa se veía mínima y me costaba creer que pudiera darle cabida a más de quinientos pobladores.

Fuimos en temporada baja. Por lo tanto, nosotros representábamos a la mayoría de los forasteros. Los locales eran personas jubiladas, venidas de la ciudad, y una comunidad de pescadores que echaron raíces. Se surtían de energía eléctrica de aerogeneradores instalados dentro del lago y el agua potable la obtenían de una planta de tratamiento que se alimentaba del lago.

—Hermano, yo no creo que aquí se pueda hacer mucho ruido. Hay mucha gente mayor —dijo Patricia mientras navegábamos hacia la playa.

—Te confieso que no vine con la intención de parrandear, de hecho, ojalá no nos dejen. Veo mucha paz aquí y me gustaría disfrutarla.

—Si eres aburrido. Veamos qué nos dicen en el hospedaje —dijo DJ.

Después de desembarcar en el muelle fuimos a la posada. Era una casona rústica, pero cómoda. Nos alojamos en una habitación quíntuple que completamos con dos amigos. La puerta daba al patio central y quedaba justo al lado del área del comedor-restaurant. *«El día en que me gradúe y trabaje tendré para pagar mi propia habitación, no creo que me dejen dormir mucho»*, sospeché.

Apenas nos dieron la llave, DJ preguntó hasta que hora se podía entrar y si había dónde hacer fiesta. Pues resultó que

había una discoteca. No me lo esperaba. Le llamaban la Yanofteca, y se podía entrar hasta la medianoche a la posada. «*Ojalá no pierda mi zapatilla*».

—Vamos a juntarnos con los demás. Me quiero echar un baño en el lago. Aprovechemos que está soleado y de paso planeamos la fiesta, hay que empezar temprano —dijo DJ.

—Bueno, nos cambiaremos por turnos, hay un solo baño —les dije.

—Yo vine listo, tengo mi bermuda de baño puesta —dijo Tony, el número cuatro de la habitación.

Todos se desvistieron sin esperar turno de nada, él único que no venía con el traje de baño puesto era yo. Así que yo sí me fui al baño mientras me fastidiaban por no haber pensado como ellos.



En la playa del lago nos juntamos como veinte, y como era de esperarse, DJ puso a todo volumen su teléfono con los minialtoparlantes endemoniados; lo chiquito no representaba lo fuerte y claro que sonaban. No pasó ni media hora cuando varios ojos se posaron sobre nosotros, finalmente se nos acercó un señor en sus sesentas con aspecto de policía sin uniforme.

—Jóvenes, está bien que se diviertan, pero están por encima de los decibeles permitidos. Les agradezco que bajen el volumen.

—Estamos de vacaciones, solo será un rato... Muchachos, ¿verdad que solo un rato? —dijo DJ, alentando al grupo a responder en coro.

Varios apoyaron a DJ, pero yo no me sentía cómodo con la falta de respeto. Me dio pena con el señor que debía tener más o menos la misma edad de mi abuelo. Así que me salí del lago a hacer mi papel de aguafiestas.

—Señor, discúlpenos. ¿Podría usted poner el máximo de volumen permitido?

—Pero, ¿qué dices Lucas? ¿Cuál es tu mala onda? No estamos haciendo nada malo —me reclamó Daniel, el quinto de la habitación.

—Oigan, no tenemos por qué fastidiar a esta gente. Nosotros somos los visitantes. No nos han dicho que no podamos tener música, sino que le bajemos la intensidad. Vamos a pasarla bien, pero respetando a la gente.

—Gracias, muchacho. Es bueno saber que no trabajamos en vano para las nuevas generaciones —me dijo el señor mientras me daba unas palmadas en el hombro. Su mano se sentía como salida de un horno, claro, yo acababa de salir del agua.

A regañadientes y quejándose contra mí, dejaron de poner resistencia. Le fui bajando de a poco el volumen, viéndole la cara al señor, hasta que me hizo la señal de “OK”. Se seguía escuchando bien para todo el grupo que estábamos ahí, así que fue bastante razonable. Como resultado, me gané la ley del hielo de parte de DJ hasta la noche. Eso no era algo que realmente me preocupara.

Poco después del atardecer, luego de cambiarnos, hicimos una fogata en la playa y la usamos para cocinar brochetas mixtas de res, pollo y cerdo, con cebolla, tomate y pimentón intercalados. Estaban exquisitas, apenas agarré la mía salivé

tanto que casi se me salió la baba. Ese olor de carne a la parrilla invadió mis fosas nasales sin pedir permiso.

A mí me gustaba la res a término tres cuartos, al igual que DJ, pero esta vez no dejó que se cocinara mucho, casi se lo comió crudo. Unos amigos suyos, que habían llegado en otra lancha, hicieron lo mismo. Deseaba que a DJ no le cayera mal, para que no terminara vomitando en la habitación que compartíamos.

—Cuñadito, ven acá —me llamó DJ cuando les pasé por un lado de camino al bote de la basura, después de comerme la brocheta.

—¿Qué pasó? ¿Ya se te quitó el disgusto?

—Tranquilo. No soy rencoroso. Ven acá, ¿no quieres un trago?

—Anda, hermanito. Mira que no podemos estar hasta muy tarde aquí, así que aprovechemos —dijo Pata.

—Claro, ¿qué tienes ahí? —respondí, por seguir la corriente.

—Tequila blanco, pero este es suave, no regaña al paladar —dijo DJ.

—Está bien. Pero, saben que yo no tomo mucho.

—Si claro, lo mismo dijiste hace un mes y terminaste abrazando un inodoro —dijo Pata.

—Por eso mismo, no quiero que se repita.

Nos sentamos a tomar y a hablar tonterías. Fui comedido, pues de verdad no quería otra resaca. Un par de *shots* lentos me marearon un poco y no tomé más. Cuando cayó la noche, les quise recordar a los presentes que nos teníamos que ir para que no terminaran expulsándonos del lugar antes de tiempo.

Sabía que los demás se fastidiaban, pero me importaba un pepino.

—Mano, mano... manito. ¿Por qué eres así? ¿No la pasamos... estamos bien... pasando? —dijo DJ, arrastrando las palabras.

—No lo niego, pero ya está el señor de más temprano viéndonos. ¿No ves que tiene cara de perro bravo?

—Pero, ese no se... nada, no hace, no hace. Mira, mira, está ahí tranquilito, ni se “movea”.

Mi hermana se había quedado dormida sobre el regazo de DJ. La bebida la alegra un rato, pero en poco tiempo la duerme.

—Anda DJ, mi hermana ya se durmió. Vamos a llevarla a la habitación.

—OK, ok, ok. Me “conveciste”, ok. No, no. Pero mira... amor, ¿amor?... espérate que responda.

—Sabes que no se va a despertar hasta mañana. Dale, DJ. Y ustedes también, no vamos a durar ni dos días aquí si no nos movemos ahora.

Tal como era de esperarse, se acercó el señor que nos vigilaba. Con la linterna en mano nos alumbró la cara. Supuse que quería saber quién estaba borracho y quién no, o solo por incomodarnos a ver si nos íbamos más rápido.

—Jóvenes. No pueden estar aquí después de las 8:00 p.m. y falta menos de media hora. Si quieren seguir la fiesta tiene que ser en la Yanofteca —dijo el señor, en un tono más suave del que hubiera esperado, y con consejo incluido.

A regañadientes, luego de un rato, por fin se empezó a movilizar la gente. Algunos se fueron a la discoteca y otros a la posada. Entre los últimos, estábamos nosotros tres. DJ no

estaba siendo de mucha ayuda para llevar a mi hermana a la habitación, y casi los tuve que cargar a los dos. Al menos a él lo podía orientar para que siguiera por donde le decía, pero recargó su peso en mí varias veces cuando estuvo a punto de caerse, mientras que yo cargaba a mi hermana. De seguro amanecería adolorido.

CAPÍTULO II

En la mañana, fui el primero en despertar. Solo estábamos nosotros tres en la habitación. Los otros dos no llegaron a dormir, su litera estaba vacía. No los extrañé, apenas los conocía. Pensé que despertaría con dolor de cabeza, pero lo único que me dolía era el cuello y la espalda. Poco tiempo pasó para que me atacara el hambre, así que, salí apurado para no perder el desayuno de la posada, sin saber hasta qué hora tenía chance. Iba de camino a la recepción, para saber cómo era la cosa, cuando me topé con una empleada.

—Buenos días, joven. ¿Y sus amigos?

—Pues no lo sé. ¿Tampoco están los de las otras habitaciones?

—No estoy segura, había una pareja que desayunó y se fue, pero es el único de su grupo que he visto esta mañana. Parece que se quedaron afuera por llegar muy tarde.

—Cierto que debían estar antes de la medianoche, pero vi a algunos que vinieron más o menos al mismo tiempo que mis compañeros de habitación.

—Seguramente seguirán durmiendo. Por cierto, si gusta desayunar, puede pasar por la mesa que está al fondo del área de comedor. Ahí encontrará pan, mermelada, mantequilla, jamón y queso. Para tomar puede escoger entre café, infusión, jugo de piña o de tamarindo, también hay ensalada de frutas y cereal.

—Muchas gracias. Supongo que si los otros no vienen puedo comer doble, ¿verdad? —dije sonriendo.

—Puede comer cuánto quiera.

—Muy agradecido con su atención... otra pregunta: ¿Puedo guardarle algo a mi hermana? Es que no creo que despierte a tiempo.

—Eso no nos agrada mucho, pero se lo voy a pasar por hoy. Le pido que lo haga con mesura, aún queda una hora para desayunar antes de que retiremos el servicio.

—Disculpe el abuso, es que después mi hermana se descompone si no come apenas se levanta.

—Tranquilo. Buen provecho.

Le agradecí y me entretuve unos minutos seleccionando el sabor de la mermelada y la combinación de quesos. El estómago me hablaba, me provocaba todo.

Hice dos viajes a la mesa para llevar cuanto se me antojó, y cuando había dado el primer mordisco casi me atraganto. En plena mañana estaba teniendo una de mis pesadillas: la silla que se cae hacia atrás.

Mi querida hermana se había acercado sigilosa e hizo mi pesadilla realidad. La muy payasa casi me llevó al suelo. Tosiendo logré desatorarme del bocado asfixiante, el cual salió disparado hacia la cara de Pata (karma instantáneo). Ella arrugó la boca y frunció el ceño cuando sin querer le acerté entre la nariz y la boca. Así se le borró la sonrisa. Tuve que evitar reírme para seguir viéndome molesto. Me regresó rápido a la posición normal para limpiarse la cara.

—¡Muy graciosa! Mira cómo me rio hacia adentro... ¿Y DJ? Me hubiera esperado que la broma la hicieran entre los dos. ¿Cómo pudiste conmigo y la silla de hierro?

—Sigue durmiendo, y no creo que despierte todavía. Lo moví y siguió como si nada. ¿Y los otros dos?

—No llegaron, deben haberse quedado de parranda. Somos los únicos de la universidad que hasta ahora hemos venido a comer. Sírvete, el pan está recién hecho y los quesos se ven buenos.

—Por un momento pensé que todo eso era para los dos — dijo Pata señalando mi comida.

—Iba a levantarme a agarrar algo para ti, pero después de comer. Así que, esto que ves aquí es todo mío. Anda a agarrar tu propio desayuno.

—Si eres bobo. Para qué voy a querer algo babeado por ti. Qué asco que me hayas disparado ese pedazo de pan. Ya vengo.

—Quién te manda. —Esta vez no aguanté la risa y casi se me salió otro bocado disparado.

Mi hermana se trajo un poco más de comida que yo, hizo tres viajes. Mientras comíamos, seguía intrigándome lo fácil que Patricia hizo su bromita. Así que me puse de pie y apenas se sentó, le apliqué el mismo movimiento a ella con la silla, aunque sin sorpresa. Lo logré con esfuerzo, y eso que ella pesa mucho menos que yo.

—Mana, ¿Cómo es que me moviste con todo y silla? ¿Estabas yendo a algún gimnasio a escondidas?

—NO. Sabes lo floja que soy para hacer ejercicios. Me resultaste más ligero de lo que anticipé, es más, no estaba muy

segura si lo podía hacer. Tal vez el tequila me dio súper poderes —dijo Patricia, burlándose.

—Si así fuera, yo debería tenerlos también. Tú te dormiste después del primer *shot*.

—¿Qué importa? Soy fuerte y ya. Déjame comer en paz.

—¿No te parece un poco extraño? ¿Por qué no hacemos otra prueba? Voy a tratar de levantarte sentada en la silla, y luego haz lo mismo conmigo, ¿vale?

—¿Y no sería mejor después de que terminemos de comer?

—Anda, son segundos.

—Está bien, inténtalo pues.

Me ubiqué de vuelta detrás de ella y sujeté la silla por los lados del asiento. El experimento solo sirvió para exacerbar mi dolor de espalda y para las burlas de mi hermana al escuchar que me quejaba. No logré separarla completamente del suelo. Ahora era mi turno.

Me senté con los brazos cruzados, y le hice trampa haciendo una traba con mi rodilla debajo de la mesa. Aun así, ella fue capaz de levantarme y no le escuché quejarse. Esto no era normal.

—¿Te convence ahora que algo raro pasa aquí? —le pregunté.

—La verdad es que desde hace unos días me he sentido más fuerte, y me duelen las rodillas, tobillos, codos, y hombros.

—¿Y por qué no me contaste?

—No me pareció algo grave. Tal vez sea el multivitamínico que he estado tomando. Por un momento pensé en el virus nuevo, pero se supone que te modifica el aspecto y yo me veo igualita.

—Sí, de eso no hay duda. Estás igualita de pesada con tus cosas... Tú que estuviste escuchando el anuncio de la radio, ¿qué otras cosas dijeron del virus?

—Eso que ya te dije: Fuerza, frente y dolor.

—¿No hay un orden de aparición? ¿Y si estás en una etapa inicial? ¿Cómo se transmite?

—Según dijeron había que evitar el contagio como con la gripe, usando un tapabocas. La verdad es que era muy genérico el anuncio.

En ese momento, moví mis platos y me senté al otro extremo de la mesa rectangular para seis.

—¿Qué haces? No seas bobo. Seguro que no es el dichoso virus.

—Eso de las vitaminas no me convence. Tu eres tremenda floja para los ejercicios, y la fuerza no te la va a dar unas pastillas. Imagino que DJ está contagiado también.

—No, no. No puede ser eso, no ha cambiado mi apariencia. La única persona que conozco, a quien he visto con un protuberante par de cejas, fue una chica en mis clases de botánica, y no paraban de burlarse. Eso va a ser un fastidio si me pasa.

—¿Sabes si estaba enferma?

—No lo sé. La verdad es que escuché del virus y sus síntomas después. Bueno, cuando te dije me acababa de enterar y ya no estábamos en clases.

—Pero eso es. Entonces te debe haber contagiado ella. ¿No compartías con ella?

—Muy poco. Solo nos veíamos durante las clases, y bueno, a veces nos sentábamos cerca y una vez hicimos un

experimento juntas. Sabes que ese era un curso aparte y duró dos semanas nada más.

—Sabes qué, vamos a despertar a DJ. Quiero ver si le pasaste la fortaleza, lo raro es que no hubiera hecho alarde de eso.



Luego de terminar de comer, nos pusimos de pie para ir por DJ. En ese momento, escuché que cerraron las puertas de la posada y pasaron un par de personas corriendo. Mi hermana y yo nos vimos a la cara y negamos con la cabeza al no tener idea del porqué. Así que nos desviamos y fuimos hacia la recepción. No había nadie atendiendo, pero vimos a la chica de un lado a otro.

—Señorita, disculpe.... ¿señorita? —La recepcionista no me hacía caso, estaba ocupada cerrando la puerta y otros dos con las ventanas. Sin entender nada, ayudamos a empujar un mueble para colocarlo detrás de la puerta. Al haber hecho esto por fin llamamos su atención.

—Disculpen, chicos. Algo pasó esta madrugada en la Yanofteca y nos avisaron que los atacantes venían hacia acá.

—¿Qué? ¿Cuáles atacantes? ¿Qué fue lo que pasó? ¿Quiénes son? ¿Qué hicie...? —me interrumpió la chica.

—Calma por favor. No sé exactamente qué pasó. Parece que unos amigos de ustedes atacaron a varios. Miren esta foto. Ese muchacho entró con su grupo ayer. —Nos lo mostró en su celular.

En la imagen, aparecía Tony atacando a Daniel y otra persona sobre alguien más, en el fondo. Me pregunté cómo se quedó una persona a tomar la foto en lugar de golpear a Tony. No se entendía qué le hizo por la sangre que tornó roja la playera multicolor de Dany, parecía tener un pedazo de carne en la boca. De inmediato pensé: «¿Serán zombis?, aunque para serlo tendrían que haber muerto primero. Menos mal que nos vinimos a la posada. En lugar de Daniel pudo haber sido cualquiera de nosotros tres. ¿Y si tenemos lo mismo que Tony? No le podemos decir a esta chica que ellos estaban en la misma habitación que nosotros, solo que tal vez se acuerde. ¿Y si nos echa?»

—Señorita, ¿sabe qué pasó con el que tomó la foto? — pregunté eso para desviar un poco la atención.

—Ni idea, a mí me la reenvió un amigo.

—Disculpa, chica. ¿Se puede llamar a la policía? — preguntó Patricia.

—Ya los llamamos, pero parece que no somos los únicos con problemas de orden público. Dijeron que enviarían a alguien desde el puerto, pero que tuviéramos paciencia. Cuando hablé con ellos me enteré de que van varios días con ataques similares, y han ido en aumento.

FIN DEL EXTRACTO

(ajustado a las reglas de exclusividad de Amazon).

Para continuar leyendo puedes adquirirlo siguiendo este link universal: <https://mybook.to/SinEscape>

Este libro se distribuye exclusivamente mediante Amazon o directamente con la autora. Cualquier otro medio de obtención caería en violación de los derechos de autor y distribución.

(Puedes leer gratis el ebook si estás suscrito a KindleUnlimited)

SOBRE LA AUTORA

Lunyzbreid López ha escrito cuentos, crónicas, ensayos, y guiones, desde temprana edad. Ella es amante de la lectura y de la escritura, así como también de la música, el dibujo y otras artes. Sin dejar de lado su adoración por el submarinismo y actividades al aire libre en general.

Hasta el momento ha publicado algunos libros en español y otros en inglés. Bajo este nombre tiene obras de thriller sobrenatural, y ciencia ficción apocalíptica (con la novela que dio origen a esta precuela «Genética Caníbal»). También escribe para público juvenil de ocho años de edad en adelante. Bajo el pseudónimo Luna Breid se dirige a una audiencia adulta y tiene una novela de thriller y misterio paranormal, y una noveleta de terror mitológico.

Entre sus proyectos más inmediatos se encuentran: la segunda parte de Genética Caníbal, titulada «Sagerianos» y los siguientes volúmenes de la serie «Historias Numeradas».

Website: <https://lunyzwrite.com>

Facebook: <https://www.facebook.com/lunyzwrite/>

Amazon: <https://www.amazon.com/author/lunyz>